

NOTAS

“Europa unida per il progresso e per la pace”

Glosa al discurso del papa Francisco a los jefes de Estado y de gobierno de la Unión Europea presentes en Italia para la celebración del 60 aniversario de los Tratados de Roma (viernes 24 de marzo de 2017)

Manuel Iglesias Cavicchioli¹

Fecha de recepción: 24 de junio de 2017.

El sexagésimo aniversario de la firma de los Tratados constituyentes de la Comunidad Económica Europea (CEE) y de la Comunidad Europea de la Energía Atómica (EURATOM) ha servido para relanzar simbólicamente el proyecto de integración europea. A esta cita no faltó el Papa Francisco, que quiso transmitir a los jefes de Estado y de Gobierno de la Unión Europea (UE) su decidido apoyo a un reimpulso europeísta que se antoja imprescindible en el actual contexto político, social y económico por el que atraviesa Europa.

“Europa unida por el progreso y por la paz” –*Europa unita per il progresso e per la pace*– era uno de los eslóganes que en su día el gobierno italiano utilizó para anunciar la firma de los tratados de Roma de 1957. Se puede decir, sin temor a equivocarse, que, en su discurso ante los líderes europeos del pasado 24 de marzo de 2017, el papa Francisco evoca e invoca el espíritu de esta máxima y de las ideas que dieron vida al proyecto de integración europea a lo largo la década de los años cincuenta del siglo pasado.

¹ Departamento de Relaciones Internacionales. Universidad Loyola Andalucía.

Así, el Papa muestra el compromiso inequívoco de la Santa Sede y de la Iglesia Católica con la integración europea, reivindicando los mejores valores europeístas y ensalzando la validez y vigencia del pensamiento de los llamados “padres fundadores” de lo que es hoy la Unión Europea (UE). Es precisamente en la visión política de estos donde se hallan los fundamentos constitutivos de la UE, así como la guía para su reimpulso en tiempos de crisis.

A juicio del papa Francisco, son cinco los grandes pilares del europeísmo — todos ellos estrechamente interrelacionados — que podemos encontrar en el pensamiento de los “padres fundadores” de Europa y cuya vigencia es necesario reivindicar en estos momentos: *la centralidad del hombre, una solidaridad eficaz, la apertura al mundo, la búsqueda de la paz y el desarrollo, la apertura al futuro.*

En primer lugar, la idea antropocéntrica de Europa, certeramente identificada por el Papa, nos remite directamente a la visión cosmopolita, de raíz neo-kantiana, que la inspira. En este sentido, las cuatro libertades fundamentales de la UE, con la libre circulación de personas como bandera, son una de las grandes conquistas arduamente logradas a lo largo de estas décadas. Basta comparar Europa con otras regiones del mundo aún atrapadas en las clásicas dinámicas westfalianas del conflicto fronterizo, a menudo violento, para constatar que nos hallamos ante un logro extraordinario que merece ser defendido y preservado frente a las dinámicas nacionalistas que pretenden levantar de nuevo las fronteras interiores entre los distintos Estados de Europa.

Como nos recuerda el papa Francisco, la UE se funda, y ha de seguir fundándose, sobre la solidaridad entre sus miembros y sus pueblos. Indudablemente, el modelo socioeconómico europeo, basado en el equilibrio entre Estado, sociedad y mercado, ha sido clave para el progreso de Europa durante estas décadas; las políticas de cohesión implementadas a escala europea han reforzado este modelo y lo han hecho el más justo y equitativo de los existentes actualmente en el mundo. Indudablemente, en ausencia de un sólido componente social, Europa perdería su alma y con ella su capacidad de atraer a sus ciudadanos para que den su apoyo a una mayor integración. Es más, sin sus ciudadanos, Europa deviene inviable a medio plazo, poniendo en peligro los logros obtenidos en sus seis décadas de existencia. Como señala el Papa, la solidaridad es “el antídoto más eficaz” para frenar y neutralizar las ideas populistas y nacionalistas, todas ellas renacionalizadoras, que, desde distintos ámbitos ideológicos, proponen desmontar la integración europea.

Reclama el papa Francisco una Europa abierta al mundo porque, a su juicio,
Europa vuelve a encontrar esperanza cuando no se encierra en el miedo de las falsas

seguridades. Por el contrario, su historia está fuertemente marcada por el encuentro con otros pueblos y culturas, y su identidad «es, y siempre ha sido, una identidad dinámica y multicultural»

No podemos olvidar que el proyecto europeo nació para derribar sus ominosos muros interiores y buscar la unidad del continente, de modo que, en coherencia con sus principios y valores, Europa no debe pretender aislarse de los conflictos que la rodean ni hacer caso omiso de graves crisis humanitarias como la de los refugiados, sino que ha de buscar en la solidaridad europea la respuesta a las mismas. Asimismo, como exponente de apertura al mundo, Europa no debe rechazar la globalización, pero tampoco puede permitir que sus múltiples efectos negativos golpeen a su población sin tratar de limitarlos y contrarrestarlos. Así, Europa debe seguir siendo un agente decisivo para gobernar la globalización, contribuyendo a crear una economía mundial puesta al servicio del ser humano y del desarrollo sostenible.

Europa no se construyó y hubo la guerra, dijo Robert Schuman, inspirado por Jean Monnet, en su ya mítica y seminal Declaración de 1950. La Unión sí se ha construido y ha garantizado, como pone de relieve Francisco, la paz en el viejo continente en el periodo más largo y próspero de su procelosa historia. Durante siglos Europa fue foco de conflictos armados, una fuente inagotable de quebrantamientos de la paz internacional que alcanzó el paroxismo durante el siglo XX, dando lugar a las guerras más atroces de la historia de la humanidad. No es en absoluto exagerado decir que Europa ha dejado de ser un problema para la paz y la seguridad internacionales y que se ha convertido, en cambio, en un actor esencial para prevenir y solucionar conflictos no sólo en su vecindario sino más allá del mismo. La contribución de la UE a la consolidación democrática de algunos de los países que la integran, y que salían de largas dictaduras, como España o Portugal, no puede ser olvidada. Incluso de mayor importancia es la aportación de la UE a la construcción de una verdadera paz estructural entre sus miembros, logro que siempre es adecuado reivindicar en efemérides como la que se conmemora, máxime en un contexto de crisis, y que constituye la mejor plasmación práctica de la teoría de la paz democrática. Por su parte, acierta el Papa al vincular la paz al desarrollo cuando afirma

que no existe verdadera paz cuando hay personas marginadas y forzadas a vivir en la miseria. No hay paz allí donde falta el trabajo o la expectativa de un salario digno. No hay paz en las periferias de nuestras ciudades, donde abunda la droga y la violencia.

Ello nos conduce al último pilar aludido por el Papa. Los dirigentes de la UE llevan años señalando la imperiosa necesidad de ofrecer un futuro esperanzador a

los ciudadanos europeos. Se une a esta reivindicación Francisco señalando que *Europa vuelve a encontrar esperanza cuando se abre al futuro. Cuando se abre a los jóvenes, ofreciéndoles perspectivas serias de educación, posibilidades reales de inserción en el mundo del trabajo*. En efecto, la ausencia de un futuro próspero pone en peligro las conquistas alcanzadas hasta el momento. La crisis económica y financiera desencadenada a partir de 2007 y las políticas de austeridad que la han gestionado han dañado el tejido social europeo, debilitando las estructuras de los sistemas de bienestar nacionales, sin que desde las instituciones europeas se hayan articulado mecanismos de solidaridad extraordinarios para paliar las necesidades sociales de la población europea. La UE se ha convertido en objeto de una creciente desafección ciudadana, como demuestra el auge de movimientos nacionalistas y populistas que tienen en común su rechazo a la idea de la supranacionalidad, verdadero eje político-jurídico de la UE. Es, por ende, preciso que desde las instituciones europeas se articulen las políticas necesarias para fomentar la prosperidad de las nuevas generaciones.

En definitiva, la voz del Papa se suma de forma vigorosa a quienes piden avanzar hacia una federación europea inspirada en sus valores fundacionales. Las ideas luminosas que, tras la segunda guerra mundial, hicieron realidad el proyecto de una Europa unida, arrojan luz en el camino a seguir para garantizar que la paz y el progreso de Europa sean, a la vez, objetivos y realidades imperecederas.